

581562000001

CES XIX

50-2

LA MANO DE DIOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original

DE LA SEÑORITA

Doña Ana María Franco.



ALMERÍA.—1863.

IMPRESA DE D. MARIANO ALVAREZ Y ROBLES,

Calle de las Tiendas núm. 19.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF KING CHARLES THE FIRST

BY JOHN BURNET

IN TWO VOLUMES

LONDON: Printed by J. Sturges, at the Angel in St. Dunstons Church-yard, 1724.



By J. Burnet

Printed by J. Sturges, at the Angel in St. Dunstons Church-yard, 1724.

Al Sr. Don Ginés Orozco,

Diputado á Cortes.

Como prueba de respeto y consideracion,

La Autora.

PERSONAGES.

ISABEL.... *Ciega, madre de*
MARIA.

D. JORGE. *Hermano de*

D. DIEGO. *Capitan de navio, padre de*

LUIS..... *Amante de Maria.*

D. DIMAS. *Procurador y administrador de D. Diego.*

JUAN..... *Mayordomo del mismo.*

La escena en Madrid, año 186....

Esta Comedia es propiedad de su autora, quien perseguirá, segun el derecho que le dan las leyes vigentes del Reino, al que la reimprima ó represente sin su permiso.

ACTO I.

Casa pobre: puertas al foro y lateral derecha: á la izquierda y sobre una pequeña mesa una canastilla con algunas telas y objetos de costura, al lado contrario é inmediato á la puerta, un sillón antiguo de cuero, un cuadro que represente la Imagen de la Santísima Virgen María, colgado en la pared, y varias sillas repartidas por la escena.

ESCENA I.

Al alzarse el telon aparece MARIA sentada en una silla baja, bordando una pechera de camisa, que deberá estar arrollada al tambor ó bastidor, á fin de que se note y conozca lo efectua en la misma camisa y no en pechera postiza. Despues de una corta pausa, MARIA se levanta del asiento y entreabriendo la puerta de la derecha, observa, y dice:

MARIA. Duerme, duerme, madre mia ;
goza de tranquilo sueño,
mientras con amante empeño
por tí vela tu María.

(Vuelve á sentarse.)

Solo por ella me afano
y siento nuestra pobreza ;
¡pobre madre! su tristeza
penetrar intento en vano.

Sin duda oculto pesar
clava en su pecho la garra ,
y á mí el alma me desgarrar
verla sufrir y callar.
Oiga mis votos el Cielo,
y mientras dure mi vida ,
pueda yo, madre querida ,
ser de tu vejez consuelo.

(Se queda pensativa.)

ESCENA II.

La misma y D. DIMAS por el foro.

D. DIMAS. Si me dá usted su licencia.....

MARIA. (¡Oh! don Dimas , qué tormento!)
Pase usted.

D. DIMAS. Voy al momento.
Me siento con su anuencia :
siga , siga en su labor.
¿Y la madre?

MARIA. Descansando.

D. DIMAS. Y usted siempre trabajando ;
eso , niña , es un dolor.

MARIA. ¡Que disparate! soy fuerte.

D. DIMAS. Pues basta de sacrificios ;
nada , admitid mis servicios,
y me encargo de su suerte.
Yo la adoro con pasion ;
ha tiempo que se lo he dicho ,
y mi amor no es un capricho.

MARIA. Don Dimas , por compasion ,
dejad esas pretensiones
conque en vano me fatiga ,
que al corazon no se obliga.

D. DIMAS. El cederá á mis razones.

MARIA. Lo dudo.

D. DIMAS. Dejadme hablar,
y oidme bien.

MARIA. Sea ; os escucho.

D. DIMAS. Ya sabeis que os quiero mucho.

MARIA. Pues no os lo puedo pagar.

D. DIMAS. Tened calma, y ved que yo hoy dispuesto vine aquí á que me dierais un «sí.»

MARIA. Pues os llevareis un «no.»

D. DIMAS. Pienso que tanta dureza la reflexion modifique así que claro le explique todo el mal de su pobreza. De esta casa que habitais el adquiler me debeis, y es menester que penseis que os hecho si no pagais. Y aunque al veros padecer de dolor mi pecho estalle, os hallareis en la calle sin recurso y sin comer. Y este miserable ajuar, que es toda vuestra fortuna, haré que sin falta alguna os lo vengán á embargar. Conque si mi amor rehusais vuestra madre irá á un hospicio, y á tan triste sacrificio solo vos la condenais.

MARIA. ¡Qué escucho! tendreis valor para hacer tal felonía?

D. DIMAS. Eso y mas haré, Maria, si me tratais con rigor. Debeisme un año.

MARIA. No hay tal; que tres meses os pagué.

D. DIMAS. Pero yo no os entregue recibo por vuestro mal.

MARIA. Y negareis....?

D. DIMAS. Por supuesto.

MARIA. ¿Sereis capáz?

D. DIMAS. Os lo juro: que así aumento vuestro apuro, y yo me vengo con esto.

MARIA. Infame sois.

D. DIMAS. Así, así.

MARIA. Y en perseguirme estais necio,
que os aborrezco y desprecio
desde el momento que os ví.

D. DIMAS. Os pesará.

MARIA. Sufriré
mi destino con paciencia ;
confío en la providencia ;
soy honrada.....

D. DIMAS. Ya lo sé.

Y aunque no me lo decís ;
¿pensáis que no se me alcanza
que alienta vuestra esperanza
el amor de don Luis?

MARIA. ¡Caballero!

D. DIMAS. Es la verdad.
Sus venidas he notado ;
subí tras él , he escuchado ,
y me enteré.

MARIA. ¡Que maldad!

D. DIMAS. Llamadlo como queráis ;
mas pensad bien lo que haceis ,
porque de cierto os perdeis
si mi oferta desecháis ;
que con astucia y engaño
os he de mover tal guerra ,
que hasta debajo de tierra
he de haceros mucho daño.
Ahora podeis aceptar
aquello que mas os cuadre ,
y obligar á vuestra madre
á que vaya á mendigar.
Y hambre y frio padeciendo
irá triste , enferma y ciega ,
el pan que su hija le niega
á la caridad pidiendo.

MARIA. Acabásteis?

D. DIMAS. Acabé.

MARIA. Pues idos.

D. DIMAS. ¿De qué manera?

MARIA. Claro está, por la escalera :
esa es la puerta. (Señalándosela.)

D. DIMAS. Lo sé.
Mas lo que yo he preguntado.....

MARIA. Comprendo vuestra intencion :
será mi resolucion.....

D. DIMAS. Justo: cual habeis tomado?

MARIA. Voy á deciroslo : yo,
la verdad, no os tengo miedo ;
pobre soy, pobre me quedo.

D. DIMAS. ¿Conque no me quereis?

MARIA. No.

D. DIMAS. Pues temblad.

MARIA. ¡Mal caballero!
esto ya de raya pasa.

D. DIMAS. Desalojad esta casa,
y pagadme mi dinero.

MARIA. Descuidad, todo se hará
lo mismo que lo decís.

D. DIMAS. ¡Ya lo creo! don Luis
del apuro os sacará.
Para él no teneis desden,
en fin María, me voy :
un dia de plazo os doy
para esto, pensadlo bien.

Váse D. DIMAS, MARIA vá tras él y cuando desaparece, cierra la puerta.

ESCENA III.

MARIA *arrodillada ante la Imágen de la Virgen,
único cuadro que adorna las paredes de la casa.*

MARIA. Dulce María,
Virgen piadosa,
Madre amorosa
del pecador ;
oye mi ruego,

vierte en mi alma
la dulce calma
de tu favor.

Tú, que eres faro
de bienandanza,
y de esperanza
fúlgida luz;
oye mi acento
triste, anhelante,
por el que amante
murió en la cruz.

Vaso de mirra,
de Dios hechura,
puerta segura
de salvacion;
no me abandones,
no, madre mia:
dáme ¡oh María!
tu proteccion.

ESCENA IV.

MARIA y JUAN, desde fuera con un lío de ropa.

JUAN. Abrid, señora Isabel.

MARIA. ¿Quién llama?

JUAN. Gente de paz.

MARIA. Allá voy.

JUAN. Muy buenos dias.

MARIA. Bien venido, señor Juan.

JUAN. Qué tal anda la salud?

MARIA. Mi madre, la pobre está
como siempre, delicada.

JUAN. Es una fatalidad
el que haya quedado ciega
siendo aun jóven.

MARIA. Convendrá,
puesto que Dios lo ha querido,
¿qué le hemos de remediar?

No hay mas que tener paciència
y conformarse.

JUAN. Pues ya!

Pero á mi me causa pena
al miraros así.....tan.....
tan bonita, tan graciosa,
y en lo mejor de la edad,
que esteis pasando una vida
triste y sin descanso.

MARIA. ¡Vá!

Yo ya estoy acostumbrada,
y nada me sienta mal;
me avengo á las circunstancias,
y no me quejo.

JUAN. Ahí está,
ahí está lo que yo digo
al ver tal conformidad;
la providencia debia
tantas virtudes premiar.

MARIA. No es virtud, Juan, lo que hago,
mi deber cumplo no mas.
¿Pero qué os trae por aquí?

JUAN. Ya lo olvidaba, ¿qué tal?

¡val si tengo una cabeza!

Venid, venid para acá
y enteraos bien de todo.

*(Deshace el lio de ropa que trajo, y puso sobre la
mesa al entrar.)*

Por ahora no os faltará
trabajo.

MARIA. Cuanto me alegro.

JUAN. Porque ha venido de allá
de las Indias ó mas lejos,
á nuestra casa á parar
un hermano de mi amo,
que diez y nueve años há
que allá lo mandó su padre
que hoy descansa en santa paz,
para castigar diabluras

- que hizo de alguna entidad,
según yo mismo le oí
al propio señor contar.
- MARIA. Y al cabo de tanto tiempo
ha vuelto á su patria?
- JUAN. ¡Ajá!
ahí se zampó de rondón
sin decirnos «agua vá.»
Pero si viérais qué guapo,
qué franco, qué liberal,
qué honrado, qué compasivo....
y luego tanta bondad
se revela en su semblante,
que por fuerza se hace amar.
Solo vive haciendo bien;
¡es una alhaja! no habrá
muchos hombres como él.
Dios le bendiga.
- MARIA. Si hará,
- JUAN. que bien, hija, lo merece
por su mucha caridad.
- MARIA. ¿Y es rico?
- JUAN. ¡Pues ya lo creo!
A diez millones ó mas
asciende, según ha dicho
él mismo, su capital.
Ha hecho una inmensa fortuna
al otro lado del mar.
- MARIA. ¿Y es casado?
- JUAN. No, soltero.
- MARIA. ¿Y á marcharse volverá,
ó piensa quedarse aquí?
- JUAN. Ya de casa no saldrá;
mi amo está loco de gozo.
- MARIA. Ya lo creo.
- JUAN. Ea, tomad;
que tengo que hacer, y el tiempo
conversando se me vá.
Arreglad toda esa ropa:
varias camisas tendrán
necesidad de botones;

se le ponen.

MARIA.

Bien está.

JUAN.

De esta tela cortareis
seis cortinillas.....

MARIA.

Se hará.

JUAN.

De dos varas, y por bajo
bien las podeis adornar
con encage ó con flequillo,
como os parezca.

MARIA.

Es igual.

JUAN.

Dos docenas de pañuelos
os traigo blancos de holán,
para dobladillo y marca:
una L. y una A.
podeis ponerle, que son
de mi señorito.

MARIA.

Ya.

JUAN.

Para que compreis el fleco,
hilo blanco y de marcar,
tomad este par de duros,
que despues se ajustará.

MARIA.

Como no tengo dinero
por eso lo tomo Juan.

(Conmovida.)

JUAN.

Pues no faltaba otra cosa,
¡voto á crispo! queréis mas?
Vaya otro duro y afuera
la pesadumbre, que habrá
ahora allí mucho trabajo
y todito vendrá acá.
Ya veis que no me descuido;
agarré este lío y ¡zas!
derecho en un santiamén
aquí me vine.

MARIA.

Es verdad?

JUAN.

Os quiero por que sois buena
y os conozco tiempo há;
admiro tanta honradez,
y me causa gran pesar
ver á vuestra pobre madre
lo que sufre.

MARIA.

Gracias, Juan.

JUAN. Quedad con Dios.

(MARIA esforzándose por dominar su emoción)

Yo quisiera...

un favor pediros.

JUAN.

¿Cual?

Vaya, no tengais cuidado,
con toda franqueza hablad,
lo mismo que si yo fuera
vuestro padre. ¡ Por San Juan!

¿estais llorando María?

¡ por vida de Barrabás!

¿qué os aflige, qué teneis?

decidlo, y se arreglará

al momento lo que sea.

MARIA.

Yo debo una cantidad (Con timidez)

al procurador don Dimas...

JUAN.

Conozco á ese perillán.

MARIA.

El es dueño de esta casa.....

JUAN.

Lo sé tambien, y ¿qué mas?

MARIA.

Que me pide el alquiler....

y.....no se lo puedo dar.....

JUAN.

¿Qué le debeis?

MARIA.

Nueve meses,

y tres que le pagué ya,

hacen el año que habito

este triste mechinal.

JUAN.

¿ Y él os apura?

MARIA.

¡Dios mio!

me echa y me insulta además.

JUAN.

¿Y cuanto importa la deuda?

MARIA.

Nueve duros.

JUAN.

Bien está.

MARIA.

Tambien habló de embargarnos.

JUAN.

No temais, que no lo hará;

por que yo traeré el dinero,

y se le paga y en paz.

Pero debeis buscar casa.

MARIA.

Al punto, sin vacilar
hoy mismo haré diligencia.

JUAN. Que vaya ese carcamal
con su casucho al infierno :
es un bribon. Allí vá
porque administra los bienes
de mi amo , y siempre está
entrando y saliendo , y arma
unos lios que ya , ya.
Don Luis no lo puede ver,
y yo estoy en caso igual.
Voy á traeros los cuartos.

MARIA. Solo un instante esperad.

*(Entra en la habitacion, cuya puerta abre con sumo
cuidado á fin de no hacer ruido.)*

ESCENA V.

JUAN. Tiene Don Jorge razon ;
al hacer una obra buena ,
de gozo el alma se llena
y se ensancha el corazon.

ESCENA VI.

JUAN y MARIA, *que al salir cierra de nuevo la puerta.*

MARIA. Tomad esta cruz de oro ;
(Disimula el llanto)
cuatro diamantes contiene ,
única prenda que tiene
mi madre como un tesoro.
Ni venderla, ni empeñar
nunca en su desgracia quiso ;
mas hoy ¡Dios mio! es preciso ,
y os la vais vos á llevar.
Tenedla muy bien guardada ,
y cuando os pague el dinero

JUAN. me la volvereis. No quiero;
no quiero llevarme nada.
Yo el dinero os prometí
sin ninguna recompensa,
y me habeis hecho una ofensa,
MARIA. Maria, al tratarme así.
Perdonad; pero esa cuenta
he de pagarla en costura,
y tardará.

JUAN. ¡Qué locura!
Que tarde un año ó cuarenta
¿qué os importa? ¿acaso yo
he dicho que tengo prisa?

MARIA. No; pero á mí me interesa....

JUAN. Vaya, vaya, se acabó:
esa cruz podeis ponerla
donde sacado la habeis,
no á vuestra madre priveis
del placer de poseerla.
¿Quién sabe si ella será
memoria de vuestro padre?

MARIA. Quizá, por eso mi madre
tanto la conservará.

JUAN. ¿Le conocisteis?

MARIA. No á fé.
Antes que naciera yo
á América se marchó.

JUAN. ¿Y allá murió?

MARIA. No lo sé;
mas cosa es de presumir,
pues tal plazo ha discurrido
y á buscarnos no ha venido,
sin duda debió morir.

JUAN. Paciencia.

MARIA. Preciso és.

JUAN. Quedad con Dios, buena amiga.

MARIA. Señor Juan, él os bendiga.

JUAN. Pronto vuelvo; hasta despues.

ESCENA VII.

MARIA y despues ISABEL.

MARIA. Qué honradéz y qué bondad ,
 qué nobleza en sus favores !
 Quizá en los grandes señores
 no haya tanta caridad.

(Examina la ropa que JUAN la dejó.)

Para bien de la inocencia
y amparo del desgraciado ,
estas almas ha creado
la divina Omnipotencia.
Muy malo conmigo ha sido
don Dimas , mas le perdono ;
y pues no le guardo encono ,
que Dios le perdone pido.

ISABEL. María. *(Dentro)*

MARIA. ¿Qué manda usté?

Mi madre se ha despertado ,
voy al momento á su lado ,
sin duda querrá ya el té.

(Coje la ropa de prisa y se vá con ella.)

ESCENA VIII.

D. DIMAS *entreabre la puerta del fondo, asoma la cabeza y al observar que no hay nadie entra con precaucion.*

D. DIMAS. No hay nadie. Sin dilacion
 aprovecharé el momento
 para consumir mi intento ,
 que es propicia la ocasion.
 Ella borda con primor
 esta camisa de holán,

que sin duda es del galán ;
yo la bordaré mejor.

(Rompe el bordado con coraje.)

Este lienzo , de seguro ,
como es tan rico , ¡está claro!
que deberá costar caro
y será mayor su apuro.
Vamos , se va á quedar fria
al mirar de esta manera
destrozada la pechera
que para su amante hacía.
Do quiera le haré sentir
de mi venganza el rigor ;
ya que no goze su amor
gozaré al verla sufrir.
Muy pronto aquí volveré ,
aquí me tendrás, María ,
y si ser no quieres mia
yo tu verdugo seré.

(Siente venir á MARIA y márchase de puntillas.)

ESCENA IX.

MARÍA.

MARIA.

¡ Cuánto amor me tiene !
pobre madre mia ,
¡ Quién tu mala estrella
trocara en propicia !
¡ Quién pudiera darte
tu perdida vista ,
y hacer que pasaras
la vejez tranquila !
Mas la providencia
que de todo cuida ,
nos dará á nosotros
su ayuda divina .

(Vá á ponerse á bordar y nota que se halla la tela rota.)

¡Dios mio, qué miro! *(Con asombro)*

¡Infamia inaudita!

¿Quién ha roto esto?

¡Ay! Virgen Santísima!

Preciso, de intento

me lo han hecho trizas.

¿Mas quién hacer pudo
esta picardia?

¿Aquí quién ha entrado?

Ya caigo, don Dimas;

en él solo cabe

acción tan inicua,

porque abriga un alma

infame y mezquina.

El solo obrar puede

con tanta perfidia,

sin duda en venganza

de mi negativa.

(Quita del tambor ó bastidor el lienzo roto.)

¿Y qué voy á hacerme

ánimas benditas?

¿Dónde buscar tela

como ésta tan rica?

Mas... ahora recuerdo

de la otra camisa

me quedó un pedazo:

si, si, ¡qué alegría!

Bordo la pechera

la pongo postiza

y quedo á cubierto

sin darme fatiga.

Tu pérfido intento

no logras, don Dimas.

¡Oh! la providencia

socorro me envía.

ESCENA X.

MARIA y LUIS por el fondo.

LUIS. María, sol de mi alma.

MARIA. ¡ Luis de mi vida !

(Toda esta escena con creciente ternura.)

LUIS. Vengo ansioso de verte,
niña querida,
luz de mis ojos;
cuando estoy de de tí lejos
muero de enojos.

MARIA. ¿ Conque tanto me adoras ?

LUIS. Tanto, María,
que sin tu amor la pena
me mataría.

No se comprende
la pasión que en mi pecho
tu vista enciende.

Más que las flores aman
al fresco ambiente,
al fecundo rocío
y al sol nascente;
más todavía,
mucho mas te idolatro,
paloma mia.

Como gozan las aves
en la enramada,
gozo yo con el brillo
de tu mirada;

y mas hechizos
que hay en la primavera
guardan tus rizos.

Cual se anhela en estío
la fresca brisa,
yo anhelo de tus labios
una sonrisa,

y mis dolores,
los calmas con tu acento
de ruiseñores.
En mi tierno cariño
nunca habrá dolo,
mi corazon María
es tuyo solo.
Por tí delira,
por tí la dicha siente,
por tí suspira.
Que en tu pecho, bien mio,
no haya mudanza,
que en tu constancia cifro
yo mi esperanza;
y hasta la muerte,
juro, bien de mi vida,
siempre quererte.

MARIA.

Yo tambien te idolatro
como tu dices,
mas creo que no seremos
siempre felices.
Ten tú constancia.

LUIS.

MARIA.

Entre los dos existe
mucha distancia.
Tú eres hermoso, rico,
noble, mimado.
de damas opulentas
muy codiciado.

Ya ves, querido,
que para ser mi esposo
tú no has nacido.

LUIS.

Arcángel de mis sueños,
sella tus lábios,
que tus injustas dudas
me hacen agravios.

¿Quién, niña hermosa,
quién es mas que tú digna
de ser mi esposa?

Y lo serás, lo juro,
blanco lucero,
aunque el poder se oponga

del mundo entero ;
tu serás mía
y yo tu esclavo siempre ;
bella María.

MARIA.

Cuando tu padre sepa
nuestros amores ,
sentirás todo el peso
de sus rigores ,
y yo no gusto
que sufras por mi causa
ningun disgusto.
El es muy orgulloso ,
por consiguiente ,
tu union con una pobre
no la consiente :
mejor harémos ,
conque de hoy para siempre
nos separemos.

LUIS.

¡ María ! qué significan
esas palabras ?
¿ no ves que mi tormento
con ellas labras ?
Tú no me quieres :
necio del que se fia
de las mugeres !

MARIA.

¿ Que no te quiero , dices ?

LUIS.

Si , fementida.

MARIA.

¡ Cielos ! Cuando daría
por tí mi vida !
Lo que te he dicho ,
solo por tu bien era ,
no por capricho.

Conozco los disgustos
que he de traerte.

LUIS.

¿ Y quieres evitarlos
dándome muerte ?

MARIA.

No , no lo creas.

LUIS.

Virgen de mis amores ,
bendita seas.
Nuestras almas gemelas
cuando se hallaron ,

con amantes cadenas
se aprisionaron.
Sin duda alguna
Dios quiso hacer de ambas
tan solo una.

Conque vé si es posible
aquí en el suelo,
desunir lo que ha unido
El, desde el Cielo.

Ten confianza;
pasará la tormenta
y habrá bonanza.

MARIA. Cuando escucho tu acento
enamorado,
desecho de mi alma
pena y cuidado;
y con orgullo
el corazon me dice
que es todo tuyo.

Mas, vete, que despierta
está mi madre.

LUIS. Adios, y nada temas
tú por mi padre.
En mí te fia,
que de nuestra ventura
llegará el día.

MARIA acompaña á LUIS hasta la puerta,
y al volverse vé á su madre que está
de pié en el dintel de la de su habi-
tacion.

ESCENA XI.

ISABEL Y MARIA.

ISABEL. Hija del corazon, bella Maria.

MARIA. (¡Cielos! mi madre aquí, si habrá escu-
chado?)

Venid á vuestro asiento, madre mia.

(Se acerca á ella y la guia al sillón de baqueta.)

ISABEL. Siéntate tú tambien, aquí, á mi lado.

(MARIA coje una silla y siéntase al lado de ISABEL.)

Dame la mano, y atencion te pido,
que te voy á contar, niña, una historia,
un suceso hace tiempo acaecido,
pero que has de grabar en tu memoria.

(ISABEL meditabunda deja caer la cabeza sobre el pecho.)

MARIA. (Me lastima lo triste de su acento
y el temor desechar en vano trato;
siento así una opresion, quizá presiento
que ha de causarme mal este relato.)
Madre mia, empezad.

ISABEL. Estoy reuniendo
mis confusas ideas, hija querida.
(Y al recordarlas todas voy sintiendo
que aun mana el alma sangre de su herida.)

(Hace un esfuerzo grande para hablar y disimular su pena.)

Vivia en Sevilla una mujer honrada
que una hija de su amor solo tenia,
pura como la luz de la alborada,
tierna y sencilla como tú, María.
Era el capullo de una blanca rosa,
que púdica el ambiente perfumaba,
la tímida y ligera mariposa
que el jardín de la vida atravesaba.
Casta paloma que del valle ameno
jugaba en el arroyo cristalino,
mas por su mal hirióle el blanco seno
un cazador que hallóla en su camino.
Se amaron ambos con delirio ardiente;
de la infeliz huyó la dulce calma;

él ganó un corazon puro, inocente,
y ella incauta perdió la paz del alma.
Y un dia y otro pasó, y un mes, y un año,
y ella por la pasion á él impelida,
no comprendió que un triste desengaño
acabaria con su ilusion querida.
Con falaces palabras engañada
accedió dócil de su amante al ruego,
y olvidándolo todo la cuitada
víctima fué de su cariño ciego.
Era el padre de él muy caprichoso,
opuesto á descender de su alta esfera,
avaro, rico, duro y orgulloso,
y ella una humilde y pobre costurera.
Mediando entre los dos tanta distancia,
la proyectada union fué vano empeño
y ella oculta lloraba allá en su estancia
el despertar de su dorado sueño.
Ya tú comprenderás que fué imposible
que él pagara la deuda que tenia;
de ella la situacion ¡ay! era horrible,
y aumentaba su mal de dia en dia.
Mas él cansado al fin de sus amores
é impulsado tal vez con dura saña,
colmó de la infeliz los sinsabores,
porque la abandonó, se fué de España.
Y ella para ocultar deshonra y pena
dejó su patria con dolor profundo:
murió su madre de pesares llena,
y sola, sola se quedó en el mundo.
Más tarde madre fué, y halló consuelo
al estrechar la tierna criatura,
fruto de aquel amor que antes fué un cielo
y un infierno despues de desventura,
Y sin la proteccion de un tierno padre,
aquella pura flor creció entre abrojos,
y de tanto llorar la pobre madre
la luz perdieron sus cansados ojos.

MARIA.

(Se arroja en los brazos de ISABEL, llorando.)

ISABEL.

Ya concluí, niña inocente :

- tú que eres á la vez buena y sencilla,
aprende esta leccion y ten presente.....
- MARIA. ¡Madre!
- ISABEL. La costurera de Sevilla.
(*Abrázadas hasta aquí se separan.*)
- MARIA. (Mi amor conoce.)
- ISABEL. (Mi intencion comprende.)
- MARIA. Tengo, madre, un pesar.
- ISABEL. Lo sé, hija mia,
que sin tú hablar, mi corazon te entiende
aunque mis ojos no te ven, Maria.
- MARIA. A un hombre tengo amor inestinguible.
- ISABEL. (Pronto en su pecho se infiltró el veneno.)
Olvidale, mi bien.
- MARIA. Es imposible.
- ISABEL. Mal pago te dará.
- MARIA. Luis es muy bueno.
- ISABEL. Oye mi voz, que por tu bien se afana,
mi ruego atiende pues tu dicha quiero,
ahoga, mi vida, tu pasion temprana.
- MARIA. ¡Ay! arrancadme el corazon primero!

(*MARIA oculta su afliccion en el pecho de su madre,
permaneciendo así un momento.*)

ESCENA XII.

Las mismas y JUAN.

- JUAN. Antes hubiera venido,
mas me detuvo mi esposa
allá en casa. (*MARIA se levanta.*)
- ISABEL. ¿Es Juan?
- JUAN. El mismo.
- MARIA. (Mirad que mi madre ignora
lo de don Dimas.
- JUAN. Entiendo.
- MARIA. Por no darle mas congoja.)
- ISABEL. Y qué de bueno traeis?
- JUAN. Antes traje alguna ropa

aquí á la hermosa María
para que la arregle toda.
(Tomad vos este dinero.)

(A MARIA á quien le dá el dinero envuelto en un papel.)

MARIA. (Muchas gracias.)
JUAN. (Punto en boca.)

ISABEL. Siempre, siempre trabajando;
la pobre niña no goza
un instante de sosiego.

MARIA. Pues cuando el trabajo sobra
es cuando yo estoy contenta.

JUAN. La mujer trabajadora
es la mejor para ser
buena madre y buena esposa,
y en cuanto á eso, María,
sin precio sois una joya.

MARIA. Siempre haciéndome favor.

JUAN. No en verdad, justicia sola:
ni de noche ni de día
desperdiciáis una hora.

Cuando yo os conocí en casa
de mi hermana Celedonia
hará cinco años y medio.....

ISABEL. Teneis muy buena memoria.

JUAN. Al verla siempre aplicada,
siempre dispuesta y juiciosa,
lo dije, esta chica es
una prenda como hay pocas;
y desde entonces os quiero
como á mi familia propia.

ESCENA XIII.

Los mismos y D. DIMAS.

D. DIMAS. Aquí estamos todos;
muy felices días
(¿Qué hará aquí este hombre?) *Por JUAN.*

ISABEL. Tome V. una silla.

JUAN. (Nunca me ha hecho gracia esta sabandija.)

D. DIMAS. Vengo muy cansado. (*Se sienta.*)

¿Se borda, Maria?

(Ya habrá visto el lienzo que yo le hice trizas.)

(MARIA desde el principio de la escena se ha puesto á colocar la nueva pechera para bordarla.)

MARIA. No señor, el gato sus garras malditas (*Con ironía.*) clavó en mi bordado y rompiólo.

ISABEL. Hija, y qué vas á hacerte?

JUAN. Se compra otra tira.

MARIA. Ya está remediado, porque yo tenia guardado un pedazo de la tela misma.

D. DIMAS. De modo que el daño no es grave?

MARIA. Ni chispa. (*Con intencion*)

JUAN. Me alegro.

(Toma una silla y se sienta junto á D. DIMAS.)

D. DIMAS. (Lo siento.)

Pues, señor, venia porque la tendera que vive en la esquina, que le pagueis quiere esa cuentecilla que de comestibles hace algunos dias le estais adeudando.

JUAN. (Vaya una misiva.)

D. DIMAS. Son treinta reales y los necesita, y vengo en su nombre

- por la suma dicha.
- ISABEL. Ahora no es posible.
- MARIA. Esta tarde misma
se le darán, madre.
- D. DIMAS. Imposible, niña,
los quiere al instante.
- JUAN. Oiga usté, don Dimas:
diga de mi parte
á la susodicha
señora tendera,
que le estimaria
bajase esa suma
de la consabida
que sabe me adeuda.
Y que esté tranquila,
que tocante al resto
no le daré prisa.
- D. DIMAS. (El diablo confunda
tu lengua maldita.)
Yo de eso no entiendo.
- JUAN. Pues yo iré en seguida.
- D. DIMAS. (Mi plan desbarata)
- MARIA. Pero si yo misma....
- JUAN. Dejadme, señores,
que así se concilia
que usted no los largue
y yo los perciba;
porque en la costura
luego se desquita.
- ISABEL. Siendo de ese modo
déjalo estar, niña.
- D. DIMAS. (Fustróse mi intento,
reviento de ira.)
- JUAN. Juntos allá iremos,
si quiere don Dimas.
- D. DIMAS. No, bien puede solo....
(romperse la crisma.)
- JUAN. (Pues, señor, no salgo
sin esta polilla:
aquí no lo dejo.)
- D. DIMAS. (Marchar me precisa (Levantándose.)

porque no sospeche:
volveré otro día.)
Pues vamos.

JUAN.

Al punto.
Vaya, hasta la vista.

ISABEL.

Id con Dios, señores.

D. DIMAS.

(Que el plazo termina.)

(A Maria al marcharse, mientras Juan le espera en la puerta.)

MARIA.

La Virgen me ampara.

D. DIMAS.

El diablo me inspira.)

ESCENA XIV.

ISABEL y MARIA.

ISABEL.

Qué corazon tan noble,
qué bueno es Juan, Maria,
la Virgen santa premie
su generosa accion.

MARIA.

Venid ante su imágen
y oremos, madre mia,
pidámosle de hinojos
su santa bendicion.

(Maria lleva á su madre ante el cuadro de la Virgen, se arrodillan y cae el telon.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO II.

Habitacion-gabinete elegantemente amueblada con cortinages, cuadros de familia, consolas, espejos, confidentes, sillas y butacas, en casa de D. DIEGO. Puerta al foro y tres laterales; dos á la izquierda y una á la derecha del actor.

ESCENA I.

D. JORGE y D. DIEGO.

D. JORGE. En esta ocasion te has ido, hermano, muy de ligero.

D. DIEGO. Pues mira, Jorge, no quiero mas consejos.

D. JORGE. Concluido.

Y al obrar como te cuadre,

no me lo digas, lo exigo;

que al fin harás con tu hijo

lo que conmigo mi padre.

D. DIEGO. Sepamos lo que hizo, di?

D. JORGE. Por su orgullo y su avaricia,

desde un cielo de delicia

á un infierno descendí.

Quitóme la paz del alma,

la esperanza, la alegría,

en fin , Diego , todavía
no he recobrado la calma.
A estraña tierra marché
huyendo su duro encono ,
y en tristísimo abandono
una víctima dejé.

Virgen por mi amor perdida ,
mas bella que el sol naciente ,
á quien robé torpemente
con su honor quizá la vida.

D. DIEGO. Esas cosas , Jorge , son
propias de la poca edad.

D. JORGE. Eso , Diego , la verdad ,
es tener mal corazon ;
pues nadie tiene derecho ,
tenga mas ó menos años ,
para cometer los daños
y no pagar lo que ha hecho.

D. DIEGO. Ya empiezas á delirar.

D. JORGE. Pues está mi juicio sano.

D. DIEGO. Hay ciertas deudas , hermano ,
que no se pueden saldar.

D. JORGE. La razon.

D. DIEGO. Por vida mia ,
que ahí está clara y patente ;
de un enlace inconveniente
la sociedad qué diria ?
¡ Cáspita ! pues bueno fuera
que un hijo de noble cuna
su nombre diera y fortuna
á una pobre aventurera !

D. JORGE. ¿ Luego á la que pobre es *(Con sarcasmo.)*
y de humilde condicion ,
se le arranca el corazon
y se le tira despues ?
Y al ver su capricho necio
satisfecho ya el señor ,
¿ el recibido favor
debe pagar con desprecio ?

D. DIEGO. Segun mi padre decia ,
pagada la considero

- con que todo un caballero
la haya preferido un dia.
- D. JORGE. Por el infierno, que es mengua
pensamiento tan villano...
(y sino fuera mi hermano
le arrancaría la lengua.)
- D. DIEGO. Pues señor, yo no transijo;
tómese como se quiera,
esposa de baja esfera
no le consiento á mi hijo.
- D. JORGE. Pues desgraciado será
si lo tratas con rigor.
- D. DIEGO. Le haré conocer su error,
y las gracias me dará.
¿Quiere casorio? Corriente;
que elija al momento esposa;
pero que sea una cosa
á su clase conveniente.
Obrando con seso y tino,
dejaré de estar en ascuas,
y tendré cara de pascuas,
y hasta seré su padrino.
Pero así sin mas ni mas
casarse á lo tarambana
con una pelafustrana?
Eso nunca lo verás!
- D. JORGE. Deja esa preocupacion
y ten alma generosa;
toda muger virtuosa
es digna de estimacion.
La honradez y la bondad
son el mas rico tesoro;
que la nobleza y el oro
no dan la felicidad.
- D. DIEGO. Entonces ¿por qué á tu bella
de la hermosa Andalucía
no has buscado con porfia
y te has casado con ella?
Tú que no tienes en nada
gerarquía y distinciones,
¿por qué escuchaste razones

y la dejaste olvidada?
D. JORGE. Hijo bueno, obedecí
de mi padre orden y ruego;
pero te lo juro, Diego,
sin vida casi partí.
Tú entonces bravo marino,
dabas al mundo la vuelta,
y yo dando al dolor suelta,
triste emprendí mi camino.
Cuando pisé el continente
que le dió á España Colón,
era tanta mi afliccion,
que se trastornó mi mente.
Allí muy enfermo estuve:
cuando me restablecí,
al momento la escribí;
pero respuesta no obtuve.
De mil modos me valí
para saber algo de ella;
mas fué inútil mi querella,
porque nada conseguí.
El tiempo dejé correr
y adopté en mi pena fiera,
mientras mi padre viviera,
á mi patria no volver;
pero tambien juré al par
del pecho en lo mas profundo,
buscarla por todo el mundo
y conducirla al altar.

D. DIEGO. Permíteme que me asombre.

D. JORGE. Tú no lo harías, de fijo;
yo sí, porque tengo un hijo
á quien robo dicha y nombre.
Por eso, agudo tormento
minando vá mi existencia,
y me arguye la conciencia,
y tengo remordimiento.

D. DIEGO. En parte tienes razon;
mediando así un inocente,
la cuestion es diferente.

D. JORGE. Debe haber reparacion.

D. DIEGO. Puede un hombre con decoro ,
sin que su clase rebaje.

D. JORGE. Cometer un nuevo ultraje :
cubrir su infamia con oro.

D. DIEGO. Llevándolo á esos extremos ,
mas vale Jorge no hablar.

D. JORGE. Si, si, mejor es callar ,
porque nunca convendremos.

Sigue en tu manía loca ;
mas ten alguna indulgencia

con tu hijo , la esperiencia
te lo dice por mi boca.

Mucho , mucho he padecido ,
y mucho estoy padeciendo.

D. DIEGO. Pero.....

D. JORGE. Y estaré sufriendo
hasta hallar lo que he perdido.

D. DIEGO. Pero ven acá , endiablado ,
vamos , di , mala polilla ,
¿porqué no vas á Sevilla?

D. JORGE. Muy sencillo , porque he estado :
seis meses pásame allí.

D. DIEGO. ¿Pero hiciste diligencia?

D. JORGE. Con oro , astucia y paciencia.

D. DIEGO. Y que.....?

D. JORGE. Nada conseguí.

Mas tarde solo he sabido ,
despues de mucho indagar ,
que á poco de yo marchar ,
habia desaparecido.

D. DIEGO. No sabiendo donde fué ,
imposible hallarla infiero.

D. JORGE. Yo en la Providencia espero ,
y creo que la encontraré.

D. DIEGO. Quiéralo Dios. Y en verdad
que mucho me alegraría ,
puesto que así te veria
lleno de felicidad

D. JORGE. (Aun tiene buen corazon ;
veremos como me valgo
para mejorar en algo

- de Luis la situación.)
Pues ten presente á tu hijo ;
por mí puedes comprender
lo que le haces padecer.
D. DIEGO. Lo que es con él no transijo.
D. JORGE. Siendo conmigo indulgente ,
¿por qué eres con él injusto?
D. DIEGO. Dale bola.
D. JORGE. Eso no es justo.
D. DIEGO. Yo lo juzgo conveniente.
D. JORGE. ¿Conque desoyes mi ruego?
D. DIEGO. Ya tu pretension me enoja :
Jorge, doblemos la hoja.
D. JORGE. Doblémosla , y adios, Diego.

(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

D. DIEGO y D. DIMAS, *que entra por la puerta del fondo.*

- D. DIMAS. Mi señor don Diego.
D. DIEGO. ¡Don Dimas Canijo!
D. DIMAS. Seais muy bien hallado.
D. DIEGO. Seais muy bien venido.
D. DIMAS. Diga, estamos solos?
D. DIEGO. Si señor, solitos.
D. DIMAS. Pues tengo que hablarle.
D. DIEGO. Me dispongo á oirlo.
D. DIMAS. Es asunto grave.
D. DIEGO. Espere un poquito
y tómese usted asiento ,
(D. DIMAS *permanece de pie.*)
que voy ahora mismo
á dar á Juan orden
que á nadie recibo.

(Tira del cordon de la campanilla.)

ESCENA III.

Los mismos y JUAN.

- JUAN. ¿Que se le ofrece, señor?
D. DIEGO. Si á buscarme alguien viniera,
le dirás que yo estoy fuera.
JUAN. (Maldito administrador.)
¿Manda usia otra cosa mas?
D. DIEGO. Nada se me ocurre, véte. (*Váse Juan*)
D. DIMAS. (Una me debes, vejete;
pero me la pagarás.)

ESCENA IV.

Los mismos menos JUAN.

- D. DIEGO. Pues señor, ya estamos solos,
y se puede usted explicar.
(*Se sienta en una butaca y D. DIMAS hace lo mismo
en silla.*)

- D. DIMAS. Voy á complacerle al punto,
en dos minutos no mas.
D. DIEGO. Supongo que es de mi hijo?
D. DIMAS. Supone usia la verdad.
D. DIEGO. Yo le tengo muy sugeto,
D. DIMAS. Lo que es mucho no lo está,
puesto que no le obedece.
D. DIEGO. ¡Cómo es eso! ¿faltará (*Contrariado*)
á lo que le he prevenido
y él me ofreció ejecutar?
Ya sabe que no me gustan,
se lo dije muy formal,
esos locos amoríos
de bohardilla ni desvan;

- y su palabra empeñó.
- D. DIMAS. Pero usia convendrá
en que estando enamorado
como don Luisito está,
es difícil, muy difícil,
desimpresionarlo ya.
Y aunque diga, ofrezca y jure,
sus promesas quedarán
sin cumplimiento, don Diego.
- D. DIEGO. Digo á usted que no será. (*Irritado*)
El conoce mi caracter,
y bien sabe ¡ voto vá!
que en esta clase de asuntos
soy ecsigente y tenaz.
- D. DIMAS. Pero él no tiene la culpa;
esa serpiente infernal
que lo ha puesto tonto y ciego
con su astucia de Satan,
es la digna de castigo.
Ella es quien debe probar
el rigor de vuestra ira,
sin que tengais caridad.
Ella que lo ha seducido,
pero de manera tal,
que lo mismo que á un muñeco
lo trae de acá para allá.
Lo engatusa con sus mimos,
de su amor pinta el volcan,
le suplica, lloriquea,
dice que se morirá
si le falta su cariño,
y de esta manera vá
robando al pobre mancebo
corazon y libertad.
- D. DIEGO. Eso ya de raya pasa;
y por fuerza se tendrá
que acudir á mal tan grave
con medicina eficaz.
(*Quédase un momento pensativo.*)
- D. DIMAS. (Yo le meteré en la treta
y adelante irá mi plan;

buená te espera María:
¡Cómo me voy á vengar!

D. DIEGO. ¿Ha vuelto acaso mi hijo
á ir á verla?

D. DIMAS. Claro está,
por eso, señor don Diego,
he venido.

D. DIEGO. ¿Conque vá?

D. DIMAS. Seis veces justas ha ido
desde antes de ayer acá.
(Mentira, solo son tres,
pero aumento la mitad.)
Yo dos veces le he seguido;
he subido de él detras;
mas conversaban tan bajo
que no me pude enterar.
Solo al despedirse oí
que ella le dijo al galán:
«jura que serás mi esposo,
y el pobre en aprieto tal,
incauto cayó en el lazo,
y lo juró.

D. DIEGO. ¡Por san Blas!

D. DIMAS. (Esto se llama mentir
con gracia y habilidad.)

D. DIEGO. Esa mugercilla oscura
mi cólera probará;
yo le haré que se arrepienta.

D. DIMAS. (La nube vá á descargar.)

D. DIEGO. ¡Qué intenta esa rapazuela!
¿Cómo ha podido esperar
que le dé mi hijo su nombre?
¿la miserable querrá
elevarse hasta nosotros?

D. DIMAS. Si señor, justo y cabal;
la conozco hace algun tiempo;
es un pájaro que ¡ya!
Y su madre, otra bribona
que con sus lecciones vá
haciendo de la muchacha
un segundo Satanás.

- (Ni aun á la ciega perdono ;
bueno es hacerla danzar.)
- D. DIEGO. Se me ha ocurrido una idea.
- D. DIMAS. Por fuerza buena será.
- D. DIEGO. Y voy en práctica al punto
á ponerla.
- D. DIMAS. Bien está.
- ¿Es cosa, así, reservada?
- D. DIEGO. Mucho para los demas ;
para usted no, por que tiene
parte en ella que tomar.
- D. DIMAS. Disponga de mi á su antojo,
porque desde tiempo ha
sabe usia que soy suyo,
y que en mi siempre tendrá
un humilde servidor.
- D. DIEGO. Los dos vamos á ir á allá. (*Con misterio*)
- D. DIMAS. ¡A casa de esas mugeres! (*Con asombro*)
- D. DIEGO. Allí, ni menos ni mas.
- D. DIMAS. (*Despacio, Dimas, no vayas
en la orilla á naufragar.*)
- D. DIEGO. Quiero hacerlas entender
con toda mi autoridad,
que en unas arrecojidas
hija y madre pararán,
si en entretener persisten
á mi hijo Luis.
- D. DIMAS. ¡Ajá! (*Frotándose las manos con gozo*)
Y por ser embaucadoras
lo merecen, claro está ;
y si este fuera otro tiempo,
opino que estarian ya
en directa relacion
con el Santo Tribunal :
si señor, como os lo digo.
- D. DIEGO. ¡ Voto al demonio ! eso mas?
- D. DIMAS. Se cuentan cosas de ellas
que es una temeridad.
- D. DIEGO. Pues nada, estoy decidido,
allí iremos, y sabrán

quien es don Diego Mendoza;
prometo hacerlas temblar.

D. DIMAS. Advierto á usía que las dos
son dulces como un panal;
que á primera vista engañan
con su aire tímido.

D. DIEGO. ¡Ya!

D. DIMAS. Y ocultan astucia y vicios
con capa de santidad.

ESCENA V.

*Los mismos y D. JORGE, que entra fumando, por la
misma puerta que se había ido.*

D. JORGE. Lleno de esperanzas
dejo á mi sobrino.

*(D. DIMAS se levanta y le hace una ridícula cortesta,
á la que contesta D. JORGE con una inclinacion de
cabeza.)*

D. DIEGO. Pues muy mal has hecho
Jorge, te lo digo.

D. JORGE. Y yo, que en tu nombre
le había prometido
aliviar sus cuitas?

D. DIEGO. Pero, hombre maldito,
á tí quién te mete...?

D. JORGE. Me meto yo mismo, *(Riendo.)*
la cuenta está clara;
su tío Dios me hizo
y no su verdugo;
luego es deber mío
en vez de tormento,
procurarle alivio.
A qué igual opina
el señor Canijo,
¿No és cierto?

D. DIMAS.

Phs.... ¡vaya!

Pues yo me retiro
si me dan licencia.
(Y evito el peligro,
porque este don Jorge
es hombre muy listo.)

D. DIEGO. (Antes que demos (A D. Dimas)
el paso que he dicho,
una conferencia
tendré con mi hijo.)

D. JORGE. ¿Qué estarán hablando (Sentado en una
con tanto sigilo? butaca)

Me carga don Dimas,
y de él no me fio:
presumo que tiene,
si mal no colijo,
un poco de zorro,
y un mucho de mico.

D. DIMAS. Mi señor don Jorge, (Saludando)
de usted me repito.

D. JORGE. Que Dios le proteja,
señor de Canijo.
(De molde á su facha
viene el apellido.)

(D. DIMAS se marcha y detenido en la puerta por D.
DIEGO hablan en voz baja, moviendo este la cabeza
en sentido afirmativo.)

D. JORGE. No hay duda, este hombre
debe ser un pillo,
y él es quien á Diego
le canta al oído.
Pues que se prepare
si yo lo averigüo;
porque de seguro
le rompo el bautismo.

D. DIMAS. Seré en todo esacto.

D. DIEGO. Cuenta con lo dicho.
(D. DIMAS saluda y váse.)

ESCENA VI.

D. DIEGO y D. JORGE.

D. DIEGO. Es este don Dimas
sugeto muy digno.

D. JORGE. Si, mucho, muy guapo!
(Soltémosle hilo,
á ver si así logro
sacar el ovillo.)

D. DIEGO. En mil ocasiones
siempre me ha servido
con suma eficacia.

D. JORGE. Parece muy listo.

D. DIEGO. Y hombre de conciencia
muy recta.

D. JORGE. Preciso.
(Quizá tus doblones
sostengan sus vicios.)

¿Hace muchos años
que el señor Canijo
cuida de tus bienes?

D. DIEGO. Ya han cumplido cinco.

D. JORGE. ¿Y siempre fué esacto?

D. DIEGO. En todo esactísimo.

Es de confianza;
cuando yo lo digo.

D. JORGE. Pues en ese caso,
hermano, imagino
que él pudiera hacernos
un grande servicio.

D. DIEGO. ¿Respecto á tu asunto?

D. JORGE. Respecto á tu hijo.

El puede enterarse
de esos amorios

por bajo de cuerda
con mucho sigilo,
y luego informarnos

- de lo positivo.
D. DIEGO. Eso ya está hecho.
Don Dimas ha sido
quien esos amores
descubrió.
- D. JORGE. (No digo:
á ese pajarraco
yo cortaré el pico.)
- D. DIEGO. Vió que al borde estaba
Luis de un precipicio,
y como nos quiere,
al momento vino
del caso á informarme,
para que el peligro
evitar pudiera
estando advertido.
Yo que no tenia
ni el mas leve indicio,
me puse furioso
cuando me lo dijo.
Me ofreció su ayuda.
- D. JORGE. (¡Ah bribon Canijo!
algun fin te llevas.)
- D. DIEGO. Y como un zinguillo
está desde entonces
en obsequio mio.
Inquiere, pregunta,
observa, y activo
vá, viene, me avisa,
cela con ahinco
y de mi honra cuida
como un buen amigo.
- D. JORGE. Pues merece un premio. (Con ironía)
- D. DIEGO. Lo tendrá y no chico,
luego que quedemos
del todo tranquilos.
- D. JORGE. (Sobre las costillas
le daré yo el mio.)
¿Pero, y de la chica,
que es lo que te ha dicho?
- D. DIEGO. No me hables de ella

porque pierdo el tino :
una mugerzuela
de lo mas perdido ,
loca , sin vergüenza ,
y llena de vicios ,
con una tal madre
peor que un basilisco.
De mala conducta
y malos instintos ,
y hacer presa quieren
con mi pobre hijo.

D. JORGE.

(Todo lo contrario
dice mi sobrino.)

D. DIEGO.

En vista de esto
convendrás conmigo ,
que para estar duro
me sobra motivo ;
y en conciencia , debo
con él ahora mismo
enérgicamente
tomar un partido.

Si audáz mis palabras
no escucha sumiso ,
de mi justo enojo
probará el castigo.
Quiero que deseché
tan bajo capricho ,
y que se avergüence
de haberlo tenido.
Con respecto á ellas
mi plan es distinto ;
las arrojadas
les darán asilo ,
y á la moral pública
haré un beneficio.

D. JORGE.

Pero , escucha , Diego :
¿sabes, tú, que es fijo
lo que de esa niña
don Dimas ha dicho?

D. DIEGO.

D. JORGE.

Como el evangelio.
¿Y si le han mentido?

- D. DIEGO. Cuando el lo asegura,
Jorge, es positivo :
es bueno y honrado.
(*Tira del cordon de la campanilla.*)
- D. JORGE. (Yo creo que es inícuo,
y que en esta danza
lleva un mal designio :
allá lo veremos.)

ESCENA VII.

Los mismos y JUAN.

- D. DIEGO. Ha salido mi hijo, Juan?
- JUAN. No señor, en su aposento
debe estar, hace un momento
que yo al pasar lo sentí ;
pero si le place á usía,
iré lo fijo á saber.
- D. DIEGO. No vayas ; no es menester.
- JUAN. Como gusteis.
- D. DIEGO. Yo iré allí.
¿Alguien á buscarme vino?
- JUAN. Nadie, señor, ha llegado.
- D. DIEGO. Avisame de contado
si vuelve el procurador.
- JUAN. Está muy bien. ¿Tiene usía
otra cosa que mandar?
- D. DIEGO. Nada ; te puedes marchar.
- JUAN. (Aun le sigue el mal humor.)

Váse.

ESCENA VIII.

D. DIEGO y D. JORGE.

- D. DIEGO. Preciso es ya terminar
esta enojosa cuestion:

si mi hijo no entra en razon,
le haré de Madrid marchar.

D. JORGE. Pues vete con tiento, hermano.

D. DIEGO. Un padre manda, no ruega.

D. JORGE. Mas cuando el orgullo ciega,
se trueca el padre en tirano;
y tú debes comprender

que la prudencia es méjor:

que un escesivo rigor

lo suele todo perder.

Con dulzura y con cariño

hasta una peña se ablanda.

D. DIEGO. ¡Pero si se cierra en banda

ese condenado niño!

El no quiere desistir;

su terquedad me impacienta;

y ese amor que nos afrenta,

no se puede consentir.

D. JORGE. Si estriba tu oposicion

de la chica en la pobreza,

yo la doto con largueza,

y se acabó la cuestion.

D. DIEGO. Apesar de mi altivéz,

su miseria tendria en nada,

si fuera una niña honrada;

pero, Jorge, no lo es.

Esto mi enojo provoca.

D. JORGE. ¿Quién sabe si es un engaño

lo que te han dicho en su daño?

D. DIEGO. Don Dimas no se equivoca.

D. JORGE. ¡Por vida de San Antonio!

que me irrita y encócora

que digas á toda hora,

que es un santo ese demonio!

D. DIEGO. ¡Jorge!

D. JORGE. ¡Diego, no hay aguante!

lo he reparado con calma:

lo perverso de su alma

se revela en su semblante.

D. DIEGO. Bien se vé que no lo estimas

cuando así lo vituperas;

si cual yo lo conocieras
apreciaras á D. Dimas.

Es una equivocacion
la que padeciendo estás,
tu te desengañarás;
créelo, es un santo varon.

D. JORGE. (Parece que lo ha hechizado:
si en brujas hoy se creyera,
lo pensaria cualquiera.)
¿Conque estoy equivocado?

D. DIEGO. Si, no lo dudes, de fijo.

D. JORGE. (De mi genio me llevé,
y estuve imprudente á fé.)

D. DIEGO. Voy á buscar á mi hijo.

ESCENA IX.

D. JORGE y JUAN.

JUAN. ¿Se ha marchado don Diego?

D. JORGE. Por ahí se ha ido. (*Señalando la puerta.*)

JUAN. Pues le traigo un recado
de su sobrino.

D. JORGE. Habla, qué es ello?

JUAN. Que en usted solo espera
su mal remedio.

D. JORGE. Que á mi cargo lo deje,
que tenga calma,
y no saldrán fallidas
sus esperanzas.

JUAN. Dios os lo premie, (*Con alegria.*)
si le dais la ventura
que se merecen.

D. JORGE ¿Luego tú la conoces?

JUAN. A quién?

D. JORGE A ella.

JUAN. ¿A la novia?

D. JORGE Pues claro.

JUAN. Es una perla.

D. JORGE. (Esto me agrada.)

JUAN. Pero yo no sabia
que ellos se amaban.

D. JORGE. ¿Y cómo es que hoy lo sabes?

JUAN. Es muy sencillo :

llamóme hace dos dias
el señorito :

me dió una carta,
y me dijo muy triste
lo que pasaba.

Yo que lo quiero tanto,
que eso es locura,

le ofrecí con el alma
toda mi ayuda ;

y desde entonces
soy archivo y correo
de esos amores.

Si antes este negocio
yo conociera,

hubiera hecho que obrasen
con mas cautela :

y de seguro,
que ahora no pasarían
tantos disgustos.

Hay un hombre, don Jorge,
malo, perverso,

que medra con sus chismes
y sus enredos ;

y él solo ha sido
quien ha metido en casa
tal laberinto.

D. JORGE. ¿Hablarás de don Dimas?

JUAN. Justo, del propio :
es lo mas intrigante
que yo conozco.

D. JORGE. No me he engañado ;
desde que llegué á verlo,
lo juzgué malo.

JUAN. Hipócrita y astuto,
tiene á don Diego

de tal modo engañado ,
que es para verlo.

D. JORGE. Lo he conocido.

JUAN. Con vuestro hermano juega
á su capricho.

D. JORGE. Yo discurro que él debe
en este enredo
llevar un mal designio.

JUAN. Pues es muy cierto.
No me lo han dicho ;
pero por lo que veo,
yo lo colijo.

D. JORGE. ¿Querrá que mi sobrino
le dé dinero?

JUAN. De ninguna manera ;
otro es su intento.

D. JORGE. Sepamos.

JUAN. ¡ Vaya !
Está loco perdido
por la muchacha.

D. JORGE. ¿Será verdad?

JUAN. De fijo ,
podeis creerlo ,

D. JORGE. ¡ Ah señor de Canijo !
ya nos veremos.

(Con alegría y frotándose las manos.)

JUAN. Y el viejo tigre
la amenaza , la insulta ,
y la persigue.

La inocente sus labios
nunca despega ;
pero yo atando cabos
caí en la cuenta.

D. JORGE. ¿Y mi sobrino?

JUAN. No debe saber nada
mi señorito.

D. JORGE. ¡ Y ese infame don Dimas
cuenta de ella
para irritar á Diego
cosas perversas !
Dice que es loca ,

viciosa, sin vergüenza
y hasta sin honra.

JUAN.

¡Jesucristo! ¡qué infamia!

Quando lo vea,
le arranco á ese Canijo
lengua y orejas.

D. JORGE.

Nada le digas;
que su castigo corre
de cuenta mia.

JUAN.

Esas cosas me ecsaltan,
me precipitan:

¿á caluniar se atreve
la virtud misma?

¡Vamos, no hay medio!
tengo que desollarlo
como á un conejo.

D. JORGE.

Luego, tan buena es ella?

JUAN.

Señor don Jorge,
es un ángel del cielo;
no se conoce
en esta villa
otra niña mas buena
que lo es Maria.

D. JORGE.

¿Y su madre?

JUAN.

La quiero
como á una hermana;
quisiera que la viérais;
es una santa.

Quedóse ciega,
y su desgracia sufre;
mas no se queja.

D. JORGE.

¿Y son pobres, muy pobres?

JUAN.

¡Pues ya lo creo!

Maria con la costura
gana el sustento,
y ya comprende
como las infelices
pasarlos pueden.

El bribon de don Dimas
el otro dia
quiso á la calle echarlas

porque debian;
mas yo fui á tiempo,
y en cuenta de costura
les di el dinero.

D. JORGE. En verdad, que de oírte
ya me interesan,
y casi tengo ganas
de conocerlas:
¿Podrá ser eso?

JUAN. ¿querrás allí llevarme?
¡Pues ya lo creo! (*Con alegría*)

D. JORGE. Hay que buscar motivo.

JUAN. Eso está pronto;
le diré que usted quiere
que le haga un gorro,
y de esa suerte
no estraña la visita.

D. JORGE. Bien me parece.

JUAN. Ahora diga usted cuando.

D. JORGE. Ya lo veremos:
no quiero que lo sepa
mi hermano Diego.

JUAN. Ya se comprende;
y tambien de don Dimas
hay que esconderse.

(*Se oye una campanilla.*)

¡Cáspita! y con que brios
el amo llama.

D. JORGE. Echa á correr y cuida
de no hablar nada.

JUAN. Pierda cuidado.
Ya voy... la campanilla
vá á echar abajo. (*Váse corriendo.*)

ESCENA X.

D. JORGE.

D. JORGE. Canijo de Barrabas,
pues que le plugo al destino

colocarte en mi camino,
verémos quien puede mas.
Ya admirarás el primor
con que te siento la mano,
y hago saber á mi hermano
quién es su administrador. *(Se sienta.)*

ESCENA XI.

El mismo D. DIEGO y LUIS.

LUIS. Haga usted lo que le cuadre, *(Entrando)*
que á todo estoy decidido.

D. DIEGO. No olvides que soy tu padre.

LUIS. Por eso no mando, pido;
por eso con tierno ruego
de usted mi ventura imploro.

D. DIEGO. Y á tu ecisigencia me niego,
porque lo exige el decoro.

¡Consentir en tal bajeza
piensas que puedo con calma!

LUIS. Padre, la mejor nobleza
es la nobleza del alma.

D. DIEGO. ¡Vamos,! ya te se han pegado
las máximas de tu tío.

LUIS. Siempre lo mismo he pensado.

D. JORGE. Bien hecho, sobrino mio.

D. DIEGO. Un partido hay que tomar;

voy á decirte cual es:

si te quedas, olvidar,

si nó olvidas, irte pues.

(¡Imposible!)

(Di que sí.)

(A Luis.)

LUIS.

D. JORGE.

LUIS.

D. JORGE.

D. DIEGO.

D. JORGE.

LUIS.

D. JORGE.

Tal sacrificio no puedo.

(No temas, yo estoy aquí.)

¡Qué demonios hablais quedo!

Le estoy bien aconsejando.

Y que tiene razon veo.

Como una breva de blando

lo tienes ya. (A D. Diego.)

D. DIEGO. No lo creo.

Tú que piensas como él
y en idea os dais la mano,
ceder tan pronto? ¡Ay hermano!
mal urdido está el pastel.

D. JORGE. Te lo aseguro.

D. DIEGO. No cuela.

LUIS. Puede mucho un buen consejo.

D. DIEGO. Pues cuéntaselo á tu abuela,
que yo soy ya perro viejo.

D. JORGE. Pronto te convencerás.

LUIS. Sí, padre, marchó de aquí.

D. DIEGO. Pues, hijo, en Francia estarás,
y aun no me fiaré de tí.

(D. JORGE y LUIS cambian entre sí algunas palabras.)

(Tan repentina mudanza
me saca fuera de tino.

¿Si querrán armarme danza
mi hermanito y su sobrino?

Nada, Diego, ten cachaza.

Yo veré á esa costurera,
y entre el miedo y la amenaza
cederá quiera ó no quiera.)

D. JORGE. Mañana puede marchar;
no es verdad?

LUIS. Me avengo á todo.

D. DIEGO. Yo no; que pienso arreglar
el asunto de otro modo.

LUIS. (¿Qué irá á hacer?) (A D. Jorge.)

D. JORGE. No juzgo bien
semejante variación.

D. DIEGO. Antes en un santiamén
cambiásteis vuestra opinión:
y pues no lo llevé á mal,
ni dije que fuera injusto,
dejemos á cada cual
que obre conforme á su gusto.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO III.

Casa pobre : una puerta al fondo y dos laterales, una á la derecha y otra á la izquierda. Al frente del espectador una alhacena. Igual mueblage que el que figura en el primer acto, sin olvidar el cuadro que representa á la Santísima Virgen María.

ESCENA I.

MARIA *haciendo labor y á su lado sentada en el sillón de baqueta*, ISABEL.

MARIA. Enjugad vuestro llanto, madre mia,
que el Supremo Hacedor en nuestro duelo
nos tenderá su mano.

ISABEL. Si, Maria,
solo Él piadoso nos dará consuelo.

MARIA. Él, que viste la tierra de colores,
que dá al mar perlas y corriente al rio;
aire á las aves y á las tiernas flores
grato perfume y bienhechor rocío,
dirijirá su paternal mirada
y calmará de vos la desventura,
vertiendo en vuestra alma lacerada
el bálsamo eficaz de mi ternura.
Para siempre dejad en el olvido
el recuerdo fatal de lo pasado;

- yo tambien tengo el corazon herido;
y nada siento estando á vuestro lado.
- ISABEL. Hija de bendicion, pura azucena,
agostada del viento á los rigores;
yo no siento mas pena que tu pena;
ni sufro otro dolor que tus dolores.
¿Cómo pensar en mí, cuando el destino
clava en tu pecho su afilada garra,
y hace brotar cruel en tu camino
punzante abrojo que tu pié desgarrar?
¿Cómo pensar en mí, bella Maria,
cuando zozobra á mi pesar tu calma,
y sé que perderá, pobre hija mia,
su mas pura ilusion tu virgen alma?
- MARIA. ¿Y qué le hemos de hacer? Injusto el hado
el sacrificio de mi amor exige;
si el corazon resiste enamorado,
está la reflexion que lo dirige.
Preciso es renunciar.....
- ISABEL. No hay otro medio.
- MARIA. ¡Pobre Luis! si mi pasion te daña,
para tan grave mal aun hay remedio;
no tendrás que partir á tierra estraña.
Vive dichoso con tu noble padre,
y desprecia este amor que le sonroja;
busca una esposa que á su orgullo cuadre,
porque mi humilde condicion le enoja.
- ISABEL. ¿Hija, tendrás valor?
- MARIA. Si, madre mia;
le adoro tanto que su bien prefiero
á mi dulce esperanza y alegría;
hoy nos daremos el adios postrero.
Para que él sea feliz es ya forzoso
que rotos queden de mi amor los lazos;
quiero darle la dicha y el reposo,
aun que mi corazon se haga pedazos.
¡Y tendré que decirle, «no te quiero,»
cuando solo por él alienta el alma!
- ISABEL. Dios, fuerzas te dará.
- MARIA. Así lo espero.
- ISABEL. Luego el olvido te traerá la calma.

MARIA.
ISABEL.

¿La habeis hallado vos?
Nunca, hija mia,
porque no existe para mi en el mundo:
Tú aun puedes encontrarla, si, María,
que no es tu afan como mi afan profundo.
Jamás, jamás tu corazon taladre
el inmenso pesar que me agoviaba.
Tú eres cándida y pura, yo era madre,
y á un inocente ser sacrificaba.
Calmaos por piedad.

MARIA.
ISABEL.

¡Dime, si cabe
entre las dos comparacion alguna!
El abismo insondable nadie sabe
del martirio cruel que en mi se aduna.
Quisiera descansar..... siento aquí un

(peso...

(Llevándose las manos á la frente.)

MARIA.

Venid, madre, venid; nada os aflija;
acostaos un poquito, dadme un beso,
y pensad que os adora vuestra hija.

(Se la lleva del brazo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

JUAN por el foro.

JUAN.

¡Caramba! cuanto sudar.
Por Dios, que si esto durara,
la piel, no hay mas, entregára
con tanto correr y andar.

(Se sienta y limpia el rostro.)

Estoy hecho un zinganillo;
subo, bajo, torno, vuelvo,
y medio mundo revuelvo
como si fuera un chiquillo.

¡Qué corage vá á pasar
ese don Dimas maldito
cuando caiga en el garlito:
y como voy yo á gozar!

Quiero contarle á mi amiga ;
¿mas qué digo? Guarda Pablo :
nada, nada, ni un vocablo
quiere don Jorge que diga.
Pues, señor, á todo amen ;
no hay remedio, punto en boca,
porque á él solo armar le toca
cuando quiera el somaten.
A juzgar por lo indignado
que está desde ayer, opino
que con su reserva y tino,
algo nuevo ha averiguado.
Por eso tanto insistía
en venir aquí al momento,
y yo loco de contento,
deseo que hable con Maria.
Él me dijo : « señor Juan,
ni una palabra direis ;
porque todo lo perdeís
si pecais de charlatan.
Que ignore que de Luis
cercano pariente soy :
¿estás? » y yo dije, « estoy :
todo se hará cual decís. »
Y en verdad que fuera mengua
que me ponga á hablar á estajo ;
aunque me cueste trabajo,
me hecharé un nudo en la lengua.
Pero ¿dónde está Maria?
¡Mariquita! (Llamándola)

ESCENA III.

JUAN y MARIA.

MARIA.

Voy, voy. (Dentro.)

JUAN.

No tengais prisa.

MARIA.

Aquí estoy.

Que Dios os dé muy buen día.

JUAN. ¿No os sentais? Tengo que ir á un negocio ; mas pasaba, y por ver como se hallaba vuestra madre, fué el subir.

MARIA. ¿Está algo mas aliviada? La consume su tristeza ; ahora la fiebre le empieza, y la he dejado acostada.

JUAN. Que descanse es conveniente.

MARIA. Vamos, ¿y qué tal se pasa, Maria, en la nueva casa? Señor Juan, perfectamente.

JUAN. ¿Con qué os podremos pagar todo el bien que nos haceis?

MARIA. Solo con que lo goceis sin volverlo á mencionar. Cuando Canijo aquel dia de su casucho os echaba, por casualidad estaba desalquilada esta mia.

JUAN. Cuento á mi esposa este asunto, y ella sin andar con broma, me dijo : la llave toma, y que se muden al punto.

MARIA. Un carro busco al intento ; en seguida allá me encajo, y hasta el último trastrojo se trasportó en un momento.

JUAN. Al endiablado Canijo, ¿no habeis vuelto á verle?

MARIA. Si.

JUAN. ¿Cómo es eso! ¿Ha estado aquí? Anoché mismo.

MARIA. ¿Y que dijo?

JUAN. Un recado vino á darme del padre de mi Luis.

MARIA. Imposible.

JUAN. Lo que ois ; y en su nombre á amenazarme. Además con arrogancia

me dijo que si insistía
en mi necio amor, haría
que Luis marchase á Francia.
Que el tal don Diego me odiaba,
y que presente tuviera,
que siendo yo lo que era,
mi afecto los deshonraba.
Que el móvil de mi pasión
estaba claro y patente,
y obraba exclusivamente
movida por la ambición.
Al escuchar tal ofensa,
os lo digo francamente,
sentí subir á mi frente
el carmin de la vergüenza.
Mandéle al punto salir;
pero me dijo al marchar :
«mucho teneis que llorar,
y yo mucho que reir.»

JUAN.

¿Eso dijo? Pues en breve,
si Dios nos quiere ayudar,
os tocará á vos gozar,
y el pagará cuanto debe.

MARIA

En mi triste situación
á Luis haré desgraciado :
para evitarlo, he tomado
una determinación.

JUAN.

MARIA

¿Qué pensais...? Le quitaré
toda esperanza en mi amor,
y de mi suerte el rigor
sola yo lo sufriré.

Cuando el tiempo haya borrado
mi nombre de su memoria,

(muy conmovida.)

y henchido de dicha y gloria
se olvide de lo pasado,
entonces quizá mi alma,
aunque lejos de mí sea,
cuando tan feliz lo vea
goce un momento de calma.

- El cielo su proteccion
le dé como yo lo ansio.
- JUAN. ¿Tanto le quereis?
- MARIA. ¡Dios mio!
con todo mi corazon.
- JUAN. ¿Pero os podeis figurar
que asi le dais la ventura?
¿no conoceis, criatura,
que lo vais á asesinar?
Viviendo solo por vos,
y siendo tierno y leal,
¿podeis pagarle tan mal?
No lo hagais, hija, por Dios.
Y si le ostiga su padre?
- MARIA. Mucho cuidado tendrémos,
JUAN. y segun él haga, haremos
aquello que mas nos cuadre.
Por hoy preciso no es
que obreis con tanto rigor;
conservad su inmenso amor;
que ya veremos despues.
- MARIA. Vuestras palabras me dan
una dulce confianza.
- JUAN. Tened, tened esperanza;
que las cosas mal no van.
(No sé que indica su acento.)
- MARIA. No falta quien os proteja. (*Con misterio*)
- JUAN. Vamos, absorta me deja
tan raro descubrimiento.
¿Protejerme á mi? Lo dudo....
á no ser vos....
- JUAN. Pues no soy!
- MARIA. Entonces quien...?
- JUAN. A eso voy.
(Reviento si fuera mudo.)
- MARIA. Ya os escucho con afan.
- JUAN. ¿Con afan? ya lo adivino.
(Y don Jorge me previno
que no fuera charlatan.
Voy á armar buen embolismo.)
- MARIA. ¿Qué os pasa?

JUAN. Nada, hija mia.

(Pues señor yo merecia
en la lengua un sinapismo.)

MARIA. Como no quereis hablar...

JUAN. ¡Jesus!! que cabeza tengo!

(A ver si así la entretengo.)

Pues ya se me iba á olvidar.

MARIA. ¿Y que es ello?

JUAN. Un encarguillo

que me dieron, un engorro:

¿no podreis bordar un gorro

en terciopelo amarillo?

MARIA. Si teneis en ello empeño,

lo bordaré.

JUAN. Me alegrara;

porque mucho me agradara

el complacer á su dueño.

MARIA. Pues bien, decidle que si;

y cuando el dibujo elija,

me lo traereis.

JUAN. Nada, hija,

el vendrá conmigo aquí.

MARIA. Si viene con vos...

JUAN. María,

cuando lo propongo yo,

es porque es hombre de pro;

que sinó no lo traería.

Conque, niña, hasta despues.

MARIA. Y lo que mas me interesa

no me decís?

JUAN. Tengo prisa:

luego os diré lo que es.

(Váse)

ESCENA IV.

MARIA.

MARIA. Sus consejos tomaré:
y aunque hoy á mi madre aquí

concluir con el prometí,
mañana.... otro dia lo haré.
¿Cómo poder engañarle
á él tan bueno, tan sincero,
y decirle «no te quiero,»
cuando solo sé adorarle?
¿De mi amor en su alma pura
cómo la llama estinguir?
¿Cómo de su boca oír
llamarme ingrata y perjura?
¿Cómo no morir de pena
cuando note en su mirada
la agonía retratada
del dolor que le enagena?
¡Dios mio! Cómo escuchar
sus justas quejas y enojos?
¿Y qué he de hacer con mis ojos
para impedirles llorar?
Porque todo está perdido
si llega mi llanto á ver,
y él acierta á comprender
que es mi desamor fingido.
Mas queden hoy como están
las cosas, no hay otro medio;
quizá se encuentre remedio....
anhelo que vuelva Juan.
Me inspiraron confianza
sus palabras y su acento,
y yo no sé porque siento
que renace mi esperanza.
El me dijo.... sí, eso es:
«no obreis con tanto rigor;
conservad su inmenso amor;
que ya veremos despues.»
Con esto quiso indicar
que algo en mi favor se ha urdido.
Luego.... estuvo retraido,
y nada mas quiso hablar.
Yo insistí, vana porfia;
que el supo con discrecion
mudar de conversacion.

¡Dios mio! porque se iria?

ESCENA V.

MARIA y D. DIMAS.

D. DIMAS. (Propicia la ocasion es;
que está sola.)

MARIA. ¡Caballero!

Ya os he dicho que no quiero
que pongais aquí los pies.

Nada media entre los dos;

vuestra casa la dejé;

lo que os debia os pagué;

os aborrezco: id con Dios.

D. DIMAS. Decidme cuanto querais.

MARIA. Idos.

D. DIMAS. No, por vida mia;

que antes de todo, María,

es preciso que me oigais.

MARIA. Ni vos teneis que decirme,

ni yo escuchar nada quiero.

D. DIMAS. Que entreis en razon espero.

MARIA. Si no os vais, yo sabré irme.

(Va á entrarse por la puerta de la derecha, mas Don DIMAS la detiene violentamente por un brazo y la trae al prosenio.)

MARIA. ¡Socorro!

D. DIMAS. ¡Por Lucifer,

que esto mi enojo provoca!

MARIA. Soltadme *(Hace un esfuerzo y se suelta)*

D. DIMAS. Sellad la boca.

MARIA. Pensad lo que vais á hacer.

D. DIMAS. El mundo me importa un bledo;

porque estoy ya de tal modo,

que atropellaré por todo;

¿Lo entendeis?

MARIA. (Yo tengo miedo.)

D. DIMAS. No esperéis en nadie, no,
que perdereis tiempo en vano:
Vuestra suerte está en mi mano;
¿quién ha de salvaros?

ESCENA VI.

Los mismos y Luis.

LUIS. (entrando) Yo. (Se dirige á Maria.)

D. DIMAS. ¡El! (Con asombro)

MARIA. ¡Luis! (Corriendo á él.)

LUIS. No hay que temblar.

Idos al momento fuera. (á D. Dimas.)

D. DIMAS. Pero....

LUIS. ¡Basta! La escalera
rodando os la haré bajar.

D. DIMAS. Tened, mancebo, la lengua.

LUIS. Conozco vuestros amañes;
pero teneis muchos años,
y el pegaros fuera mengua.

D. DIMAS. ¿Me insultais?

LUIS. Idos de aquí;

no os delengais un instante;

porque si os tengo delante,

no seré dueño de mi.

D. DIMAS. (Me he perdido)

MARIA. Calma ten (A Luis,)

D. DIMAS. Se lo diré á vuestro padre.

LUIS. Haced lo que mas os cuadre,

señor Canijo.

D. DIMAS. Muy bien.

Se que no le ha de gustar

el paso que ahora habeis dado,

porque él os tiene mandado

con esa muger no hablar.

Me marchó, quedad con Dios:

voy á informar á don Diego

de lo que ha ocurrido, y luego
allá os avengais los dos. (Váse)

ESCENA VII.

MARIA y LUIS.

MARIA. Tengo el alma en un hilo.

LUIS. Pues nada temas.

MARIA. Ese hombre es un infame.

LUIS. Yo estaré alerta.

MARIA. ¡Pobre Luis mío!

LUIS. Dios que vé nuestras penas
nos dará alivio.

Óyeme bien, Maria,
quiero esta noche
que nuestra union bendiga
un sacerdote;
y antes, del alba
con tu madre partimos
lejos de España.

MARIA. ¿Has perdido el juicio?

LUIS. Nada de eso,
solo ecsijo que cumplas
tus juramentos.

Si tú me adoras,
nada impedirte puede
que seas mi esposa.

MARIA. Consentir yo no puedo;

porque sería
hacerte desgraciado
toda la vida;

y de tu padre
el cariñoso afecto
también robarte.

Piensa con mas cordura,
déjalo al tiempo.

LUIS. Imposible, María.

MARIA. Yo te lo ruego.

LUIS. Lo he decidido,
y para nuestro enlace
todo está listo.

MARIA. Pues yo sé que mi madre
no lo consiente.

LUIS. Déjame que la vea.

MARIA. Ahora no puedes.

LUIS. Vendré mas tarde.

MARIA. Es inútil, intentas
un disparate.

Ademas que don Dimas
aqui te ha visto,

y sin duda á tu padre
se lo habrá dicho.

¡Ay! tú no sabes
todo el mal que en el pecho
de ese hombre cabe.

LUIS. No te apures, María,
ni eso te inquiete,
que no falta un buen alma
que por mí vele.

Adios, mi vida;
luego haré que tu madre
colme mi dicha.

MARIA. No vuelvas para eso,
yo te lo pido.

LUIS. Preciso es convencerla.

MARIA. Te lo prohibo.

LUIS. No escucho nada:

(Tomándola una mano.)

esposos esta noche,
mañana á Francia.

MARIA. Pero....

LUIS. Ni una palabra
que admita duda.

Deja estasiada el alma
con su ventura,

no mas querellas:

¿verdad que serás mia?

MARIA. Lo que tu quieras.

Pero, vete, Luis mio,

que el tiempo pasa
y temo que don Dimas
algo prepara.
LUIS. ¿Qué nos importa?
Hasta luego, mi vida.
MARIA Adios, mi gloria. (Váse.)

ESCENA VIII.

MARIA é ISABEL, dentro.

MARIA. ¡Vamos, yo estoy loca!
Estando á su lado
ni sé lo que pienso,
ni sé lo que hago.
Y el caso es muy serio,
¡caramba! Casarnos,
así, de repente....
tiemblo de pensarlo.
Consentir en ello
no he debido. Vamos,
es una locura.
¡Dios mio, y qué hago?
Y lo peor de todo,
que á mi madre engaño,
porque no he cumplido
lo que me ha mandado.
Y ¿cómo decirle....?
Terrible es el caso;
Yo no encuentro medio
que pueda orillarlo.
¡Cómo vá á ponerse!
¡Qué incómoda! Claro;
y razon le sobra.
ISABEL. María. (Dentro.)

MARIA. ¡San Márcos!
Alla voy corriendo.
Pues no, yo me callo.
(Váse puerta izquierda.)

ESCENA IX.

D. JORGE y JUAN.

D. JORGE. ¿Esta es la casa?

JUAN. Esta es.

D. JORGE. ¿Habrá salido quiza?

JUAN. No, presumo que estará
por ahí dentro.

D. JORGE. Llama pues.

(JUAN se dirige á la puerta de la izquierda.)

Siento aquí en el corazon
y no adivino el porqué,
desde que ese umbral pisé,
una viva conmocion.

JUAN. Aquí me teneis, María.

ESCENA X.

Los mismos y MARIA.

MARIA. Allá voy. (Dentro.)

JUAN. Y á otra visita.

MARIA. Caballero.... (Saludando.)

D. JORGE. Señorita.

JUAN. Es el del gorro, hija mia.

D. JORGE. (Es linda como una estrella,
y yo esta cara la he visto;
pero....donde? ¡Jesucristo,
qué recuerdo! Es toda ella.)

MARIA. Muy pobres las sillas son;
pero en ellas hay aseo:
sentaos. (A D. Jorge.)

D. JORGE. (Mientras mas la veo,
mas crece mi agitacion.)
Aprecio, niña, el favor.

- JUAN. Basta ya de cumplimiento.
Aquí tiene usted asiento.
(Le dá una silla.)
- MARIA. En este estará mejor.
(Le señala el sillón de cuero.)
- JUAN. Que elija el que mas le cuadre.
- D. JORGE. Cualquiera es bueno, hija mia.
- MARIA. Ese es mas blando.
- JUAN. María,
¿cómo sigue vuestra madre?
- MARIA. Lo mismo está, bien fatal;
tiene mucha calentura.
- D. JORGE. *que no cesa de fijar su vista en MARIA.*
*(Su misma voz, su dulzura,
y su rostro angelical.)*
- JUAN. ¿Pero no le dices nada? *(A D. Jorge.)*
- D. JORGE. *(Calla, Juan, que estoy absorto.)*
- JUAN. *(Y en verdad que ya de corto
parece un ave atontada.)*
- MARIA. ¿Habeis, para el gorro, hecho
del dibujo la eleccion?
- D. JORGE. La dejo á vuestra opinion.
Elegidlo.
- JUAN. Es lo derecho.
- MARIA. En ese caso traeré
algunos que tengo ahí,
y los veremos.
- D. JORGE. Bien, si.
(Con eso á Juan hablaré.)
- (MARIA entra en la habitacion de la derecha, Don
JORGE la sigue con la vista y luego se dirige á JUAN
con viveza.)*

ESCENA XI.

D. JORGE y JUAN.

- D. JORGE. Pronto, saber necesito,
¿quién es esa?

- JUAN. ¿Esa? María.
- D. JORGE. ¿Pero quién es?
- JUAN. ¡Qué porfía!
la novia de don Luisito.
- D. JORGE. ¡Por vida de Lucifer!
no entiendes: ¿de quién es hija?
- JUAN. De su madre, cosa es fija;
¿pues de quién había de ser?
- D. JORGE. ¿Pero y su padre, avestruz?
- JUAN. eso es lo que te pregunto.
- JUAN. Pues don Jorge, de ese asunto
no tengo chispa de luz.
Ni yo sé como se llama,
ni nunca lo he preguntado.
(O está loco rematado,
ó siente de amor la llama.
¿Si ahora le querrá quitar
la muchacha á su sobrino?)
- D. JORGE. (Calma, Jorge, mucho tino;
(Paseándose por la escena.)
te puedes equivocar.)
(Se para delante de Juan.)
¿Cómo es de su madre el nombre?
- JUAN. Isabel.
- D. JORGE. (Vamos despacio.)
- JUAN. ¿Y el apellido?
- JUAN. Palacio.
- D. JORGE. ¡Ah!
(Hace un movimiento de alegría y luego se contiene.)
- JUAN. ¿Qué os pasa?
- D. JORGE. Nada, hombre.
- JUAN. ¡Caramba! estoy aturdido:
desde que entrado aquí habeis,
yo no se lo que teneis;
pero algo os ha sucedido.
- D. JORGE. Es preciso que yo sepa...
- JUAN. Preguntad hasta mañana.
- D. JORGE. ¿Es Isabel sevillana?
- JUAN. Sin que duda alguna os quepa.
- D. JORGE. Con que?.....
- JUAN. Si, señor, si tal.

- D. JORGE. ¿Lo sabes bien?
- JUAN. Cosa cierta ;
y vivió junto á la puerta
que llaman del Arenal.
- D. JORGE. (¡Bendigo mi buena estrella!
No hay duda.)
(*Se pasea con precipitacion.*)
- JUAN. ¡Qué agitacion!
- D. JORGE. A voces el corazon
me está diciendo que es ella.
- JUAN. ¿Pero que endiablado enredo...?
(*JUAN sigue todos los movimientos de D. JORGE.*)
- D. JORGE. ¡Despues de tanto buscarla,
tener la dicha de hallarla!
- JUAN. (Como hay Dios , que tengo miedo.)
Pero señor....
- D. JORGE. Ven acá.
(*Le agarra de un brazo.*)
- JUAN. (¿Me irá á pegar?
- D. JORGE. Sé prudente :
yo la quiero ver.
- JUAN. Corriente.
¿Porqué no la ha visto ya?
(Vamos , está de remate.)
- D. JORGE. Pues anda , llévame tú :
¿donde está?
- JUAN. (¡Por Belcebú!
¿a qué busco quien lo ate?)
¿Pero donde quereis ir?
- D. JORGE. ¡Mostrenco, donde ha de ser?
A hablar con esa muger ;
ya lo debes presumir.
- JUAN. Lo que yo estoy presumiendo
es que está vuestra cabeza
trastornada, y con presteza
ya estamos de aquí saliendo.
- D. JORGE. No será, por vida mia.
- JUAN. ¡Pues tambien es fuerte cosa!
- D. JORGE. Ante Dios es ya mi esposa.
(*Con misterio.*)
- JUAN. (¡Qué dice, Virgen María!
(*Santiguándose.*)

- D. JORGE. ¿Y qué vá á hacer don Luis?
¡Oh! mi querido sobrino!
Ya su contento imaginó:
lo haré feliz, muy feliz.
- JUAN. Pues maldecirá su estrella
si la novia le quitais.
- D. JORGE. ¿Quitársela yo?
- JUAN. ¿No estais
unido ante Dios con ella?
- D. JORGE. ¿Con María? ¡Que atrocidad!
- JUAN. Me lo habeis dicho hace poco.
- D. JORGE. Vamos, tú te has vuelto loco.
- JUAN. Me habeis vuelto.
- D. JORGE. No en verdad.
- JUAN. ¿Pues á quien quereis hablar?
¿Decid, á quien quereis ver?
¿A donde está esa muger
que os hace disparatar?
- D. JORGE. Silencio: viene María.
- JUAN. Ya me di un punto en la boca.

ESCENA XII.

Los mismos y MARIA.

- MARIA. ¡Ay Jesus! me he vuelto loca
buscándolos.
- D. JORGE. ¡Hija mia!
- MARIA. Mire usted que lindos son.
- D. JORGE. Ya los veré. Mas primero
con vuestra madre hablar quiero;
es decir, si hay proporeion.
- MARIA. Yo se lo preguntaré.
- D. JORGE. Es cosa corta, un momento.
Si está enferma, á su aposento,
si me lo permite, iré.
- MARIA. Voy á ver.
- (*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

D. JORGE y JUAN.

D. JORGE.

Mentira creo
lo que me está sucediendo.
De Dios la mano estoy viendo.
¿No es verdad?

JUAN.

Yo nada veo.

D. JORGE.

Pero ¡por Jesús divino!
¿No has comprendido?

JUAN.

Yo no.

¿Se figura usted que yo
soy por ventura adivino?

D. JORGE.

Pues bien claro me explique.

JUAN.

¿Bien claro? Pues os confieso
que fué muy turbio; por eso
lo que os pasa no lo sé.

ESCENA XIV.

Los mismos é ISABEL, del brazo de MARIA.

MARIA.

Aquí á mi madre teneis.

D. JORGE.

(¡Pobre Isabel! Si me viera,
ya en mis brazos estuviera.)

(Se acerca ISABEL y tomándola del brazo vacante la dirige con MARIA hasta sentarla en el sillón. Don JORGE contempla luego ensimismado á ISABEL y MARIA, y JUAN, en pie y con los brazos cruzados, á todos.)

Conviene que os retireis *(A Maria.)*

ISABEL.

¡Esa voz!... ¿quien habla, di?

D. JORGE.

Es un amigo, señora.

ISABEL.

La he oído antes de ahora.

D. JORGE. Bien puede ser.

ISABEL.

¡Oh! sí, sí.

D. JORGE. Creo que no os equivocáis. (*Con intencion.*)

ISABEL. Esto es una maravilla.

¿Os he hablado yo?

D. JORGE. En Sevilla.

(*MARIA se habrá acercado á JUAN y hablan entre sí.*)

ISABEL. ¿Vos tambien lo recordais?

D. JORGE. ¿Y como olvidar podia
de mi pasado el encanto?

ISABEL. (*¡Esto es un sueño, Dios Santo!*)

D. JORGE. Haced que salga María.

ISABEL. Hija, que pases quisiera
en mi aposento un instante.

MARIA. Está bien. (*Váse*)

ESCENA XV.

D. JORGE, ISABEL y JUAN.

D. JORGE. De vigilante

ponte, Juan, en la escalera.

JUAN. Y en cuanto sienta subir
sea pantalon ó sea falda,
vuelvo en silencio la espalda...

D. JORGE. Justo.

JUAN. Y lo vengo á decir.

Pues ya me voy á mi acecho.

(*Váse por el fondo.*)

ESCENA XVI.

ISABEL y D. JORGE.

ISABEL. ¡Cómo sufre el alma mia!

(*D. JORGE elevando la vista á la Virgen pintada en el
marco.*)

(Perdóname, Virgen pia,
todo el mal qué la haya hecho.
¡Ciega, qué fatalidad!)

ISABEL. (¿Si esto será una ilusion?)

(D. JORGE se arrodilla á los piés de ISABEL y se apodera de una de sus manos.)

ISABEL. ¿Qué haceis?

D. JORGE. Pedirte perdon. (*Muy conmovido.*)

ISABEL. ¡Dios mio! ¿Conque es verdad?
Del corazon la raiz
de gozo estremecer siento.
Háblame, Jorge, tu acento
me hace feliz, muy feliz:

D. JORGE. ¡Cuanto pesar te he causado!

ISABEL. No lo nombres ya siquiera.
¿Quién recordarlo pudiera
teniéndote aquí á mi lado?
Dejémosle.... ya pasó.

D. JORGE. ¡Pobre mártir!

ISABEL. Fué mi suerte.

D. JORGE. ¡Qué alma!

ISABEL. ¡Si pudiera verte!
¿quién mas dichosa que yo?

D. JORGE. ¿Me perdonas?

ISABEL. Duda impia.

D. JORGE. Siempre buena y generosa:
Isabel, serás mi esposa
antes que concluya el dia.

ISABEL. Para mí nada ambiciono,
nada pienses que te ecsija;
pero tienes una hija,
hija que merece un trono.
De amor y virtud modelo,
mi amparo ha sido.

D. JORGE. ¡Hija mia!

ISABEL. Si, Jorge, nuestra María
es todo un ángel del cielo.

D. JORGE. Sentí viva conmocion
al ver su faz hechicera,
y es que presentí que era

parte de mi corazón.
Házla venir al instante;
quiero darla mil abrazos,
y estrecharla entre mis brazos
sobre mi pecho anhelante.
¡María!

ISABEL.

No, Jorge, espera:
como ella no aguarda esto,
quizá le sería funesto
si de pronto lo supiera.

D. JORGE.

Es verdad.

ISABEL.

Déjame á mí,
que yo la prepararé.

ESCENA XVII.

ISABEL, D. JORGE, y JUAN *que entra corriendo.*

JUAN.

Mi amo y don Dimas.

D. JORGE.

Y qué?

JUAN.

¡Toma! que vienen aquí.

D. JORGE.

Si me llegan á encontrar,
fracasa mi plan, de fijo.

JUAN.

Yo sé de un buen escondrijo,
y en él podemos estar.

ISABEL.

¿Pero cual será su intento?

D. JORGE.

No temas; yo estaré á punto
para arreglar este asunto.
Adios, te dejo un momento.

ESCENA XVIII.

ISABEL y MARIA.

ISABEL.

¡María!

MARIA.

¿Me habeis llamado?

ISABEL.

Si, hija, si.

MARIA.

¿Qué me quereis? (*Acercándose.*)

¡Qué ajitacion! ¿Qué teneis?
 ¡y ese hombre?... qué os ha pasado?
 No te asustes.

ISABEL.

MARIA. Si, si, váya,
 quiero saber lo que ha sido.

ISABEL. El noticias me ha traído
 de tu padre.

MARIA. ¿De mí...?

ISABEL. Calla.

(Hasta el final de la escena con mucha rapidéz.)

MARIA. Però....

ISABEL. Silencio, hija mia,
 que alguien llega.

MARIA. ¿Vive?

ISABEL. Vive.

MARIA. ¿Y porque no nos escribe?

ISABEL. Porque viene.

ESCENA XIX.

Las mismas, D. DIEGO, DIMAS.

D. DIMAS. Ave María.

MARIA. (¡Dios mio, qué significa!
 ¿El padre de Luis aquí?)

ISABEL. ¿Quién ha entrado, niña, dí?

D. DIEGO. (¡Cáspita! linda es la chica.)

MARIA. Don Dimas...

D. DIMAS. Y otro señor
 que tiene á ustedes que hablar.
 (Que no os dejéis ablandar.) A Don Diego.

D. DIEGO. (Pues he perdido el valor.)

ISABEL. Puesto que á hablar ha venido,
 ya le escuchamos las dos.

D. DIEGO. (Vamos; lo mismo que hay Dios,
 que ya estoy arrepentido.)

ISABEL. Cuando tenga la bondad
 de explicarse....

D. DIMAS. Está indignado

porque habeis autorizado
ciertas cosas....

ISABEL. Es verdad?

D. DIMAS. Y tal conducta no es buena.

ISABEL. Caballero, hablad, lo escijo. *(Con dignidad)*

D. DIEGO. Señora, yo tengo un hijo....

ISABEL. Que sea muy en horabuena.

Yo tengo otra hija.

D. DIEGO. Lo sé;

y entre ella y vos á Luis

quereis engañar.

ISABEL. ¡Mentis! *(Con indignacion.)*

ESCENA XX.

Los mismos, D. JORGE y JUAN que entran apresuradamente, colocándose el primero entre D. DIEGO y MARIA que deberán estar al lado de ISABEL, y el segundo junto á D. DIMAS.

D. JORGE. Gracias á Dios que te hallé. *(A D. Diego.)*

ISABEL. ¡Mi Jorge! sea Dios loado.)

D. DIEGO. (Mi hermano aquí, que lo siento.)

D. DIMAS. (Juan tambien? malo vá el cuento.)

D. JORGE. Pues no llego reventado?

(Haciéndose aire con el sombrero.)

Cuanto correr tras de tí:

te ví la calle cruzar;

«¡Diego!» me pongo á gritar;

y tú, nada.

D. DIEGO. No te oí.

D. JORGE. Entonces dije, no hay mas
que seguirle ¡voto á un cuerno!

y aunque vaya al mismo infierno,
él delante y yo detras.

D. DIEGO. ¿Pero á qué con tal premura
me buscabas? ¿Qué ha pasado?

Habla, di?

D. JORGE. Que al fin he hallado

- á mi perdida ventura.
- D. DIEGO. ¿Será cierto?
- D. JORGE. Cosa fija, *(Con alegría.)*
- D. DIEGO. Me place tu dicha, hermano. *(Idm.)*
- D. JORGE. Me ha vuelto de Dios la mano
á mi muger y á mi hija. *(Con solemnidad)*
- D. DIEGO. ¿Una hija?
- D. JORGE. Si, tan graciosa,
tan pura, tan hechicera,
que no hay en la primavera,
Diego, una flor tan hermosa.
- D. DIEGO. ¿Con que es tan bella?
- D. JORGE. Un portento.
- D. DIEGO. Cuanto la voy á querer.
- D. JORGE. Ahora debemos hacer
por la posta un casamiento.
- D. DIMAS. ¡Qué intenta!
- D. DIEGO. Por san Antonio,
que tu intencion no adivino.
- D. JORGE. Tu sobrina y mi sobrino
harán un buen matrimonio.
- D. DIEGO. ¡Ajajá!
- D. JORGE. ¿Qué dices?
- D. DIEGO. Yo
doy con gusto mi anuencia.
- MARIA. ¡Madre mia!
(Estrechando las manos de Isabel.)
- ISABEL. Ten paciencia. *(conmovida.)*

ESCENA XXI.

Los mismos y LUIS.

- LUIS. ¡Mi padre!
*(Sorprendido; luego se coloca entre Don
Diego y D. Jorge.)*
- D. DIEGO. *(A tiempo llegó.)*
- MARIA. ¡Qué situacion!
- D. DIEGO. Una cosa

voy á decirte , hijo mio :

á una hija de tu tio

harás en breve tu esposa.

(Luis mira á D. Diego con fijeza.)

D. DIMAS.

(Mejor va esto que pensé.)

LUIS.

(Tomando la mano de D. Diego y señalando á Maria que estará con la cabeza inclinada sobre el pecho.)

Padre , miradla qué bella :

para casarme , con ella :

con otra nunca lo haré .

D. DIEGO.

¡ Te atreves !

D. JORGE.

Tiene razon ;

su lealtad me regocija ;

Hé aqui tu esposa y mi hija.

(Presentándole á Maria de una mano.)

MARIA.

¡ Padre { de mi corazon !

LUIS.

¡ Tio

[Se echan en brazos de D. Jorge.]

ISABEL.

¡ Dios de infinita bondad ,

tu providencia bendigo ! *(Se arrodilla.)*

JUAN.

Loco estoy de gozo. Amigo ,

(A D. Dimas que quiere marcharse y le sujeta.)

sino os gusta , rebotad.

D. DIEGO.

¿ Por qué me habeis engañado ? *(A D. Dimas.)*

D. DIMAS.

Vamos : ¿ por qué habeis mentido ?

D. DIEGO.

Yo.... creia....

Tarde ha sido ;

mas ya os conozco , malvado.

(Le vuelve la espalda á D. DIMAS y se dirige á D. JORGE, LUIS y MARIA)

Pero , señores , por Dios ,

nada queda para mi ?

D. JORGE echando en brazos de D. DIEGO á MARIA y LUIS.

¿ No ha de quedar ? Diego , sí ;

toma ; te entrego á los dos.

Tú , Isabel , ven á mis brazos ; *(Isabel se levanta.)*

cuon afecto y atencion,
curaré ese corazon
que hice ingrato mil pedazos.;

D. Dimas, qué haceis ahí?

D. DIMAS. Yo ya me hubiera marchado ;
pero Juan no me ha dejado.

D. JORGE. Déjalo Juan.

JUAN. ¿Cómo , así?

No es posible , no señor :
es preciso desollarlo.

LUIS. O al menos apalearlo.

D. DIEGO. Bien dicho , por impostor.

MARIA. Perdónele usted por mí ;
solo ese favor le ecsijo.

D. JORGE. Ella te salva , Canijo. (*Con intencion.*)

JUAN. ¡ Demonio ! véte de aquí.

(*Le toma de una oreja y le lleva y empuja
á la puerta.*)

ESCENA XXII.

Los mismos, menos D. Dimas.

D. JORGE. Vamos , Diego , la verdad ,
respóndeme con franqueza.

D. DIEGO. Mas que el oro y la nobleza
vale esta felicidad.

Pero ya juzgo razon

ir á casa. Juan, un coche. (*Váse Juan.*)

ESCENA XXIII.

Los mismos, menos Juan.

D. JORGE. Un Sacerdote esta noche. (*A Isabel.*)
bendecirá nuestra union.

Vosotros, tened paciencia. (*A Luis y Ma-*
ria.)
Ya os llegará vuestro día.

¡La mano de Dios, Maria!

ISABEL.

MARIA.

LUIS.

D. JORGE.

} Bendita su Omnipotencia.

FIN DE LA COMEDIA.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

Habiendo examinado esta Comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 24 de Agosto de 1863.—El Censor de Teatros, Antonio Ferrer del Rio.

Dirigiéndose con carta franca á nombre de la autora en Almería, y con su importe en sellos de correo ó letras de fácil cobro, podrán adquirirse:

La Mano de Dios, comedia en tres actos y en verso, 8 rs.

Ir por Lana....., juguete cómico en un acto y en verso, 4 rs.